

XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Aproximación clínica al estatuto del duelo: caso M.

Levi Hadid, Rodrigo.

Cita:

Levi Hadid, Rodrigo (2023). *Aproximación clínica al estatuto del duelo: caso M. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-009/412>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ebes/Qgy>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

APROXIMACIÓN CLÍNICA AL ESTATUTO DEL DUELO: CASO M.

Levi Hadid, Rodrigo

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo se desprende de un proyecto de investigación más amplio cuyo tópico es el cuerpo, el afecto y el goce en la clínica psicoanalítica Lacaniana. Abordaremos un caso y para su lectura se revisarán algunos desarrollos conceptuales ligados al duelo, terreno fértil para la emergencia de fenómenos extravagantes y normales a un mismo tiempo. El interés recaerá sobre todo en el estatuto de eso que se duela, sus modos de manifestación sufriente con sus afectos asociados y sus posibilidades de tratamiento. Intentaremos contestar a las preguntas por qué se duela y cuáles son las condiciones para que dicha operación tenga lugar.

Palabras clave

Duelo - Saber - Afecto - Objeto perdido

ABSTRACT

CLINICAL APPROACH TO THE STATUTE OF MOURNING: CASE M. The present work emerges from a broader research project whose topic is the body, affection and jouissance in the Lacanian psychoanalytic clinic. We will address the material of a case and for its reading some issues related to mourning will be reviewed, fertile ground for the emergence of extravagant and normal phenomena at the same time. The interest will fall mainly on the state of what is due, its sufficient modes of manifestation with its associated conditions and its treatment possibilities. We will try to answer the questions why it hurts and what are the conditions for such an operation to take place.

Keywords

Mourning - Knowledge - Affect - Missing object

Introducción

El presente trabajo se desprende de un proyecto de investigación UBACyT cuyo título es “Cuerpo, afecto y goce en la clínica psicoanalítica”. El proyecto que fue presentado en la última convocatoria, continúa dos proyectos UBACyT anteriores llevados adelante, uno en los años 2016-2017, y otro en los años 2018-2019. Abordaremos el material de un caso y para su lectura situaremos algunos aportes Freudianos y Lacanianos en torno al concepto de duelo. Luego se intentará dar cuenta de la transformación de los fenómenos asociados al duelo a medida que avanza el tratamiento.

El trabajo intentará abordar algunas cuestiones ligadas a dicho momento de tránsito, terreno fértil para la emergencia de estos fenómenos asociados al duelo, extravagantes y normales a un mismo tiempo. El interés recaerá sobre todo en el estatuto de eso que se duela, sus modos de manifestación sufriente con sus afectos asociados y sus posibilidades de tratamiento. Entonces: ¿qué se duela y cuáles son las condiciones para que dicha operación tenga lugar?

Presentación del caso

Llegó a la consulta una chica de 26 años acompañada por su madre. La situación al inicio se presentó como urgente. M presentaba de manera cotidiana unos ataques de pánico bastante singulares. La madre de M explicó la secuencia de los ataques: empezaban con un sangrado de nariz, continuaban la sensación de ahogo, agitación, palpitaciones, temor a morir, y muchas veces concluían en desmayos. Aún durmiendo, el pánico podía precipitarse y, para resguardarla, a la noche compartían la cama.

Vivía con su madre y con un hermano mayor. En su infancia y adolescencia había desarrollado intereses y actividades recreativas. Estas actividades fueron siendo paulatinamente relegadas cuando empezó a frecuentar a “la gente del barrio”. La música y el deporte se le volvieron de pronto “actividades ajenas”. Representaban para ella, explicaba con cierto reproche, todo lo que su madre no había podido lograr en el transcurso de su vida y que luego había querido imponer a su hija. Contó que pasaba sus tardes, a espaldas de su madre, con los varones. Allí encontró un modo de socializar que contrastaba con “el hipócrita y competitivo mundo de las mujeres”. En el mundo de los varones sentía que era uno más entre ellos: “Ahí forjé un carácter y una personalidad fuertes”. Allí conoció a J., quien sería su pareja durante años, pero que por su proveniencia y sus actividades que lindaban lo ilegal, era repudiado por la familia de M.

El trabajo del duelo

En la segunda entrevista habló sobre el suicidio de J. En la entrevista dio rienda suelta a una semblanza que duró dos horas. Cuando conoció a J., el Conejo, la conexión fue inmediata, sintió una atracción instantánea y la sensación de haberse conocido de toda la vida. Desde entonces estuvieron juntos.

Disfrutaban de fiestas electrónicas y de consumir distintas sustancias: “La droga no tenía costo alguno y pasábamos días

enteros de gira”, decía M. Sin embargo, con una velocidad vertiginosa, lo que en un principio comenzó como un idilio y una celebración interminable fue cobrando tonalidades sórdidas. El abandono del cuidado propio y la falta de regulación del consumo, en añadidura al ambiente que frecuentaban, exponían a M. a situaciones de desvalimiento de las cuales en su momento no tenía conciencia. La diversión rápidamente devino un peligro, y la consunción de M., quien disminuyó de peso de manera alarmante, por más acelerada que fuera, no era percibida por la familia de esta.

Freud (1915b), antes de arribar a su premisa remanida que sentencia que en el inconsciente no hay representación sobre la muerte, va rodeando el tema y retrata una disposición general en las personas: “Hemos manifestado la inequívoca tendencia a hacer a un lado la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado matarla con el silencio; y aun tenemos [en alemán] el dicho: ‘Creo en eso tan poco como en la muerte’”. Y advierte que, frente a un acontecimiento así, la natural inclinación a “no computar las muertes en el cálculo de la vida”, lejos de salvaguardarnos, precipita un abanico de consecuencias, de renunciaciones y de exclusiones.

Con un amor insufrible que se exteriorizaba en llanto desesperado y la ineficacia de cualquier palabra de contención, M. relataba: “Espero cruzármelo todo el tiempo. Busco su auto en la calle. Sueño que lo encuentro y me dice que fue todo un engaño. Tengo esa fantasía. Todos los días veo fotos y lo escucho en audios. Algo adentro mío me dice que no está ahí adentro, en el cajón que va a aparecer un día. Todo me refiere a él: películas, propagandas... le escribo mensajes por WhatsApp y espero que me los conteste, sueño que me los contesta”.

En *Duelo y melancolía*, Freud (1915) define al duelo como un afecto normal, y lo caracteriza como la reacción esperable frente a la pérdida de una persona o de una abstracción que haga sus veces, como puede serlo un ideal. El duelo desencadena desviaciones graves de la conducta normal de un sujeto, pero que —y en esto Freud es enfático— no podrían ser consideradas como patológicas. Hace un retrato abreviado de las mismas: sucede en lo anímico “una desazón profundamente dolida”, “una cancelación del interés por el mundo exterior”, “la pérdida de la capacidad de escoger un objeto nuevo de amor” y “el extrañamiento respecto de cualquier trabajo productivo que no tenga relación con la memoria del muerto”.

Para dicho cuadro fenoménico, Freud propone una explicación metapsicológica que denomina “trabajo de duelo”. Tras el examen de realidad y la corroboración de la inexistencia del amado, se emprende la trabajosa tarea de retirar toda libido que invista al objeto. Sin embargo, advierte que es difícil que una persona sea aquiescente en esta tarea. La renuencia a retirar la libido aplaza de manera indeterminada dicha operación, que se ejecuta de manera en extremo minuciosa, pieza por pieza, y hasta tanto no se complete “la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico”. La conclusión de la tarea consistiría en alcanzar

una disponibilidad de la libido que permitiera sustituir al objeto perdido. En otros textos, Freud (1923) completará su tesis sobre el duelo afirmando que una deriva posible y resolutive del mismo sería la identificación: “si un objeto sexual es resignado, porque parece que debe serlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en él”. Dos movimientos, en apariencia contrapuestos, estarían entonces situados en el fin del duelo. La incorporación del objeto en el yo y la sustitución del mismo en la realidad.

Sucedió entonces que toda demanda inicial del tratamiento se vio desplazada por la prioritaria vicisitud de acompañar este proceso de pérdida. Los acontecimientos había afectado a toda la familia. Con su madre en la casa, M. no podía hacer alusión a J. sin remover los temores de estar consumiendo una vez más. M. estaba ineludiblemente atrapada en una red lógica paranoide: “si no tenía hambre era efecto del consumo; si comía mucho, era que estaba de bajón”. Se encontraba recluida en su hogar, un tanto por falta de interés en el mundo exterior, y otro tanto por el celoso y dedicado control que la madre le dispensaba. No la dejaba salir sola, y si excepcionalmente lo hacía, debía certificar su ubicación con una videollamada sedativa para su madre. “Mi mamá siempre quiere ser la protagonista de todo lo que me pasa. Suele decirme que si algún día tengo hijos ella va a poder criarlos... No puedo creer que, con todo lo que me pasa, estoy casi toda la consulta hablando de mi mamá”.

M. solía afirmar que en las entrevistas era el único lugar en que podía hablar de J., pero que no podía aprovecharlo debido a su madre que aparecía también como protagonista en su análisis. Podríamos decir que el trabajo de duelo estaba interceptado. Pasaba la mayor parte de las entrevistas detallando cada uno de los atropellos de la madre. Relata M., que su madre se metía a revisar su cuarto, abría la puerta del baño sin tocar, y otras tantas extralimitaciones. Así, la paciente denunciaba que su madre la enloquecía y lamentaba hacia el final de las entrevistas no haber podido hablar de otros temas.

Con todo, había ocasiones en que lograba sustraerse al influjo de su madre. Los días doce de cada mes se cumplía un nuevo aniversario de la muerte de J.. Cada día doce del mes la paciente se sumía en un proceso de homenaje acongojado, los periodos de luto propiamente dichos. Eran días de retiro, de cese de actividades, de exposición desgarrada o reivindicativa. Insultaba y se lamentaba por lo que había perdido. Exponía fotos y estados de WhatsApp, posteos en redes sociales, hacía excursiones al cementerio, se comunicaba o visitaba a los padres del difunto. Este luto era fuertemente criticado por la madre de M. y los miembros de su familia, circunstancia que la disuadía muchas veces de realizar sus pequeños tributos. Las entrevistas mismas en el hospital empezaron a tornarse ligeramente ceremoniales. Cuando acudía en fechas próximas al aniversario, M., se extendía hablando sobre el tema que no podía desarrollar: lo lindo que era J., las expectativas que tenían, las particularidades de la

relación y todo lo que había perdido. “Extraño su voz, me decía Panchita o Pavota. Sé que era alguien importante para él. Había determinadas cosas para las cuales J. me necesitaba. No podía haber otra persona. Podía llorar adelante mío, era natural, no tenía esa coraza que tenía con otros”. El dispositivo analítico se volvía ceremonia fúnebre y M. empezaba a poder hablar no sólo sobre el objeto que había perdido, sino sobre el lugar que había perdido ella al perder al otro.

Duelo y saber

Allouch (1997) revisita el texto *Duelo y melancolía* de Freud para oponer desde una perspectiva Lacaniana una función del duelo distinta a la que propone Freud. Desestima que haya un trabajo de duelo que apunte a desinvertir el objeto con el fin de disponer de energía para invertir un objeto sustitutivo. Para Allouch, el objeto de duelo no puede ser sustituido.

Justamente lo que tracciona al mismo duelo es la cualidad del objeto de ser insustituible. El objeto amado, si se duela, es porque no puede ser reemplazado mediante otra relación. Confrontando con la versión Freudiana del duelo, sostiene que lo que ocurre en el transcurso de este es un trastorno, una modificación de la relación de objeto. Mediante el duelo se crea una nueva posición subjetiva frente al otro amado hasta entonces no concretada. A este reposicionamiento lo llama subjetivación de la pérdida, que es aquello que el melancólico no puede realizar. Esta subjetivación soporta una vertiente que el autor no duda en denominar sadiana. La misma consiste llevar adelante una interrogación hasta la profundidades del ser del objeto perdido y la misma puede continuar a ultranza hasta la destrucción del mismo, hasta alcanzar su falta en ser, llegar al punto de poder asumir qué fue uno para el Otro.

Lo interesante de esta propuesta es que pone de relieve lo que define como función heurística del duelo, su función asociada a la elaboración de conocimiento, soportada en la interrogación que apunta a saber qué lugar se ocupó en el Otro.

Un día llega a la consulta M. comentando “Tuve una pesadilla. Soñé que J. vivía...”. “¡Qué pesadilla!” se le devuelve. En la entrevista siguiente diría: “Mi pesadilla es J. vivo. El otro día me dijiste... ‘¡Qué pesadilla!’ Me molestó”. Ese fue el pie para que empiece a relatar otra versión de quien fuera su pareja. “Me sentí muy denigrada. De pronto recuerdo todo lo que hizo. No es justo que yo siga siendo tan devota de alguien que me hizo tanto daño. Era más malo que la peste, ¿por qué sigo siendo tan devota?”.

Para Freud (1915), los sentimientos hostiles pueden estar reprimidos, pero no se encuentran ausentes en ninguna relación. De a poco M. empezó a hacer un retrato ambivalente y a veces contradictorio de J.. “En parte fue un alivio la muerte de J.. Tengo algo de culpa. Buscarle el lado positivo me pone mal”.

De a poco, pieza por pieza, iba completando un retrato, con sus sombras incluidas. No sólo se trataba del ser maravilloso que había sido un escape de su casa, y que le despertaba un amor que ella describía como incondicional. Contaba situaciones de

violencia y de destrato ante las cuales no podía más que responder con una obediencia inusual en ella. “Él tenía mucho de la pertenencia y de dueño. Hacía lo que quería conmigo. Todos son como dos personas: o un amor o una mierda. Me da mucha bronca a veces. ¿Qué más querés de mí?”

La función del duelo

Partiendo de la concepción de duelo que propone Freud, Lacan (1956-57) introduce un giro interesante. Invierte los términos y plantea que el objeto del duelo, el objeto perdido, no es el que precipita el duelo sino su resultado. Afirmamos que el duelo sería la inscripción simbólica que permite hacer de una ausencia, que en principio se presenta como un exceso, una pérdida, un objeto con estatuto de perdido.

Para dar cuenta de estas afirmaciones hace falta hacer un rodeo sobre cierta función propia de lo simbólico. Lacan se pregunta “¿cómo algo podría no estar en su lugar, no estar en un lugar donde precisamente no está?” (Lacan, 1956-57). Explica que todo lo que es real se encuentra inevitablemente en su sitio. Si algo no está donde se supone que debería estar, si suponemos una falta en un sitio, es por la operación del símbolo, de una ley que establece un orden. La idea de que algo falta en un sitio es el efecto de lo simbólico en lo real.

Sostenemos que el duelo podría ser una manifestación privilegiada de esa idea de Lacan. Cuando alguien muere, no se da por hecho que esté perdido irremediablemente. Entre cierto grado de incredulidad que aparece con toda muerte de un ser cercano hasta manifestaciones más asociadas a lo mórbido, como las alucinaciones, tiene lugar un abanico de fenómenos que indican que hay aún por realizar una operación simbólica que permita asimilar el acontecimiento fatídico. En este sentido, siguiendo a Fochi (2021), para el duelo la pérdida se produce entre dos muertes: “la ocurrida (esa que figura en los certificados de defunción que emite el Estado) y la simbólica”.

Lacan (1958-59) afirma que “el duelo, que es una pérdida verdadera, intolerable para el ser humano, provoca un agujero en lo real”. Así, prosigue, el agujero generado en la existencia desencadena un desorden suscitado por la insuficiencia de los elementos significantes, que al no poder dar cuenta de aquel, genera las condiciones para la emergencia de retornos de “imágenes” que vienen a llenar ese agujero. El menor de los duelos, sostiene, ya implica una puesta a prueba de la totalidad del sistema signifiante y por ese hecho existe una familiaridad entre los fenómenos luctuosos y los propiamente psicóticos.

Dicha variedad de fenómenos no tardó en presentarse en el transcurso del tratamiento de M.. Relataba que se le dificultaba hacer visitas al cementerio, puesto que allí se le imponía no sólo la idea, sino también la imagen del cuerpo de J. en descomposición en el interior del ataúd. Sus sueños, a su vez, se poblaban de imágenes semejantes: “Me levanté vomitando, sueño con mi muerte y con la de mi familia y amigos”. Durante el día tenía ataques de pánico y en repetidas oportunidades,

en el contexto de lo que M. llamaba parálisis del sueño, veía el cadáver descompuesto y amenazante, tal como le describieran que lo habían encontrado, ahora reposando al lado suyo.

Fochi (2021) retoma una idea de Derrida cercana a la propuesta Lacaniana: “El duelo consiste siempre en intentar ontologizar restos, en hacerlos presentes, en primer lugar en identificar los despojos y en localizar a los muertos. [...] Es necesario saber. Es preciso saberlo. Ahora bien, saber es quién y dónde, de quién es propiamente el cuerpo y cuál es su lugar -ya que debe permanecer en su lugar-. En lugar seguro”.

La cita de Derrida nos sirve para introducir la relación que existe entre el saber y todo duelo. Es el saber el que genera las condiciones para que el acto del duelo tenga lugar. Lacan (1958), ubica la función del rito funerario ligada a dicha relación, “ya que nada puede colmar de significantes el agujero en lo real [...] el trabajo del duelo se consume en el nivel del lógos”.

Es por esto que un tratamiento psicoanalítico puede llegar a tener alguna incumbencia en este tipo de casos. En tanto es facilitador de la producción de un saber asociado a aquello de lo que se padece e insiste, un análisis puede generar las condiciones para reestablecer algo del orden del sistema significativo perturbado. Si por medio de la palabra se puede alcanzar el apaciguamiento o disminución del sufrimiento, es sólo porque puede elaborarse, en el mejor de los casos, un saber sobre la ausencia que se presenta como inexplicable y exige desesperadamente un tipo de respuesta.

M., de manera permanente, se reprochaba no haber advertido que J. estuviera tan mal, no haberse dado cuenta y no haberlo ayudado a tiempo. La desesperaba no entender qué pasó, y rondaba una y otra vez, con variaciones interminables, una misma idea: “No sé si fue valiente, egoísta, cobarde o si realmente pensó en nosotros”. En la medida en que iba formulando sus preguntas y se iban ensayando respuestas provisorias, las imágenes, los sueños angustiantes y las alucinaciones iban disminuyendo en frecuencia. La prosecución del relato y la puesta en palabras de su sufrimiento de a poco iba produciendo efectos en la manifestación sintomática.

El objeto perdido

Las respuestas que M. pudiera elaborar no sólo eran el resultado de una indagación de su historia y la actualización de los recuerdos. Freud (1895), en *Estudios sobre la histeria*, propone que ante la dificultad para evocar situaciones ligadas al padecimiento, durante un tratamiento es lícito instar a un paciente a que se exponga a “situaciones aptas” para producir material nuevo todavía no allegado a la superficie de la conciencia. De ese modo, encomienda a Elizabeth Von R., por ejemplo, visitar la tumba de su hermana o concurrir a una reunión donde encontraría a un amigo significativo de su juventud. Este rodeo puede servir para afirmar que la rememoración no agota los recursos con que se puede trabajar en el análisis para la producción de saber. Los vínculos, la exposición al trato con los otros o las

contingencias cotidianas, pueden ser la excusa para que el o la paciente pueda llevar al tratamiento asociaciones que den cuenta de su posición subjetiva.

De este modo, M. llega contenta a una entrevista contando que se encontró con Juana, una amiga del barrio, paseando con su hijo. Juana tenía la misma edad que ella y era viuda. Su difunta pareja había sido “víctima de gatillo fácil”. De aquel encuentro, M. destacó: “Hablamos del tema del duelo. Es una situación distinta. Ella tiene una explicación para lo que pasó”. Sin embargo, encontraba un alivio al observar que Juana había continuado con su vida, que sus redes sociales no se reducían necesariamente a una compilación de mensajes dirigidos al que había sido su pareja, ni eran un altar con fotos exclusivamente destinadas a recordarlo. “La vi bien, disfruta mucho de su hijo. Dijo que nos juntemos un día con el nene en la plaza. Me gustó la idea”.

Puesto que el yo es función de desconocimiento (desconocimiento de la Otra escena que se habita sin saber), no es ahí donde hay que buscar las claves de la posición que ocupan. Muchas veces, por operación de las resistencias, el modo privilegiado para hablar sobre uno mismo es hablar sobre un tercero. Surgió así el tema de la maternidad. En cierta ocasión, M. había quedado embarazada, pero instada por J. decidió abortar. Relata que las condiciones no estaban dadas para que ellos pudieran hacerse responsables. Con todo, eso no alcanzaba para disminuir sus deseos y expectativas de ser la madre de los hijos de J.. De ese modo, con J. se había ido no sólo un amor, sino el proyecto de una vida y una familia juntos.

Al morir J., estaban separados. Sin embargo, la disponibilidad era incondicional. Si se necesitaban, desplazaban cualquier obligación para acudir uno al llamado del otro. Sentencia: “La única manera de que no estuviéramos juntos era que alguno se muriera. La gente en el barrio me conoce como la mujer de J. Tengo un sello en la frente.”. La familia de él también la reconocía como una afectada principal de la muerte. En una entrevista, hablando sobre la posibilidad de encontrar un espacio que no fuera su casa ni su barrio interrumpe y dice “es una boludez lo que te voy a decir, pero me pasa que no sé cómo nombrar a J.. No sé bien qué era yo, y ahora no sé cómo definirlo. ¿que relación tengo?, ¿soy la viuda?, ¿la ex pareja?”. Se le devuelve la pregunta y responde “siento que soy la pareja todavía”. “¿La pareja de un muerto?”. Responde “pienso mucho en su cuerpo pudriéndose. Me da mucha lástima. Hay muchas cosas que podrían haber sido. Pienso que hubiera sido un buen padre. Tengo una foto de él jugando con un sobrino que cuidábamos. Me hubiese gustado que quedara algo de él. Si hubiera sido padre...”. Las entrevistas siguientes continuaron con este tópico de manera desplazada. Contó que su madre había abortado a instancias de su abuela. Pensaba mucho en eso y agregó que cuando su madre era joven había encontrado a una recién nacida en un árbol, abandonada. “No se la pudo quedar mi vieja. La dieron en adopción, estaba en un hogar. Mi madre me habló toda la infancia de ella. Siempre quiso saber qué fue de ella. Todavía

la busca". M. concluyó la entrevista comentando que, aunque lo considera ridículo, fantaseaba con la idea de comenzar un tratamiento de inseminación artificial.

En *El Seminario 10*, Lacan (1962-63) explica, a partir de la tragedia de Hamlet, cómo el objeto del deseo es inaccesible para el sujeto de manera directa. Viendo el duelo de Laertes, Hamlet puede restituir a Ofelia como objeto de deseo, en tanto se le presenta como objeto perdido, imposible: "es el poder del deseo el cual no será restaurado sino a partir de la visión al exterior de un duelo". Así, es por la vía de la identificación cómo Lacan propone que un sujeto puede tener algún acceso al objeto del deseo, que por desarrollos que exceden los alcances de este ateneo, definimos como el objeto perdido.

Las entrevistas siguientes fueron dando lugar a una M. revitalizada: contenta y con expectativas en relación a un chico que conoció, proyectos de trabajo y voluntad de volver a patinar, de dar clases a chicos, como lo había hecho en otro momento de su vida. Señalaba lo mucho que disfrutaba pasar tiempo cuidando a su sobrina, que últimamente residía temporalmente en su casa y con quien compartía cama. En la entrevista siguiente, que se realizó de manera virtual, M. contó: "Hay un nuevo integrante en la familia, mirá, adopté un gatito".

Conclusión

La pérdida no es el corolario resultante del conjunto de un puñado de evidencias, sino que es una dolorosa construcción que en caso de no tener lugar da paso a una variada fenomenología más o menos patológica relacionada a la reaparición tenaz de aquello que "dejó de existir".

Allouch (1997) considera que el duelo no es tanto un trabajo, sino un acto que conlleva un sacrificio. La pérdida del deudo, para que el acto tenga lugar, tiene que estar suplementada por "un pequeño trozo de sí [...], ese sacrificio de duelo, ese pequeño trozo ni de ti ni de mí, de sí". Aquello que desaparece con la muerte de un ser amado, sobre todo, implica una pregunta y una producción de saber que rodee y dé una respuesta, aunque siempre insuficiente, a la cuestión: ¿qué lugar se ocupó en el Otro?; ¿qué lugar se ocupa como objeto en el lugar de la falta del Otro? Ese trabajo de sacrificio de sí, de lo que se pierde de indistinto ("tú y yo") en esa relación, permite la conclusión del duelo y la inauguración de un nuevo modo de relación con el objeto, no su erradicación. Podríamos decir que a través del duelo, si el objeto era amado, puede volverse causa de deseo. Esto sería, no olvidar ni sustituir al objeto, sino hacer de la pérdida algo revitalizador. Y el hecho de que esté perdido es la condición para que en ocasiones privilegiadas y evanescentes pueda ser recuperado a través de cierto desplazamiento que hace reaparecer al muerto, no de manera directa y amenazante, sino amable.

Freud (1915b) revisita un viejo apotegma que dice "si quieres conservar la paz, prepárate para la guerra" y propone una modificación para los tiempos modernos: "Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte".

BIBLIOGRAFÍA

- Allouch, J. (1997). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2011.
- Freud, S. (1915). *Duelo y melancolía*. En *Obras completas*, vol. xiv. Buenos Aires: Amorrortu, 1988.
- Freud, S. (1915b). *De guerra y muerte*. *Temas de actualidad*. En *Obras completas*, vol. xiv. Buenos Aires: Amorrortu, 1988.
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. En *Obras completas*, vol. xix. Buenos Aires: Amorrortu, 1988.
- Fochi, P. (2021). *El duelo, la infición del mundo (falonías, espectros, marionetas, visiones, sueños, reliquias)*. Rosario: Otro Cauce.
- Lacan, J. (1956-55). *El Seminario. Libro 4: La relación de objeto*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Lacan, J. (1958-59). *El Seminario. Libro 6: El deseo y su interpretación*, Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1962-63). *El Seminario. Libro 10: La angustia*, Buenos Aires: Paidós, 2006.